PASTORAL

DADA AL PUBLICAR LA ENCÍCLICA DE NUESTRO SANTÍSIMO PADRE LEÓN XIII SOBRE LA CONDICIÓN DE LOS OBREROS.

NOS, MARIANO CASANOVA, etc.

Al clero y fieles de la arquidiócesis, salud y paz en el Señor.

NUESTRO Santísimo Padre León XIII ha hablado nuevamente al mundo en un documento que bastaría por sí solo para inmortalizarlo. Este documento es la encíclica monumental de 15 de mayo del presente año, en que con admirable sabiduría resuelve el arduo problema de la cuestión social, que ha preocupado en este siglo á pueblos y gobiernos. Como incansable vigía, su mirada observa de continuo todos los puntos del horizonte moral para señalar á las sociedades cristianas la nube obscura que presagia próxima tempestad. Y no contento con señalar el peligro que las amenaza, indica los medios de conjurarlo con infalible eficacia.

Tal es el objeto de su última encíclica. En ella señala al socialismo como un peligro formidable que amenaza destruir el fundamento mismo de la sociedad humana, estableciendo una igualdad de condiciones y de fortunas contraria á su naturaleza y á las disposiciones de la Providencia.

Esta doctrina desquiciadora ha hallado en todas partes numerosos adeptos, porque halaga la codicia de los desheredados de la fortuna con la expectativa de riquezas adquiridas sin trabajo. Los espíritus ligeros se convencen fácilmente de la aparente injusticia que creen descubrir en el hecho providencial de que hombres iguales en naturaleza sean desiguales en condición social; y esta falsa creencia va engendrando un funesto antagonismo entre los ricos y los pobres, los patrones y proletarios, los favorecidos por la fortuna y los desheredados de ella. Y este antagonismo, que se ahonda cada día con la propaganda socialista, no tardará mucho en convertirse en odio implacable, si alguna mano poderosa no contiene sus estragos.

Mucho se han afanado los sabios en buscar en la ciencia económica un remedio para esta grave dolencia; mucho han trabajado los gobiernos por contener el torrente con los enérgicos recursos del poder; muchos sistemas se han ideado para restablecer la armonía entre las dos clases sociales que se disputan la posesión de los bienes de fortuna. Pero todo esfuerzo ha resultado ineficaz.

En esta situación, León XIII hace oir su palabra en medio de la tempestad social para indicar á pueblos y gobiernos dónde se encuentra el único remedio que puede curar la llaga mortal del socialismo. Ese remedio de divina eficacia se encuentra en el Evangelio, que enseña á los ricos el desprendimiento y á los pobres la resignación, que obliga á los unos á mirar á los pobres como hermanos, á interesarse por su suerte y socorrerlos en la necesidad, y que impone á los otros el deber de buscar en el trabajo honrado y en una conducta arreglada los recursos necesarios para la vida. Y el Papa, interponiéndose como mediador entre los capitalistas y los obreros, pide á los primeros que, moderando su sed de riquezas, no arrebaten al obrero la justa remuneración de su trabajo ni le im-

pongan mayor carga que la que pueden soportar sus fuerzas; al mismo tiempo que recuerda al proletario la dignidad altísima del pobre á los ojos del Evangelio y el ejemplo del Salvador del mundo que, por amor á la pobreza, pudiendo ser el rey más opulento de la tierra, fué el obrero más humilde de Nazaret. Y, viendo que este antagonismo tiene por causa principal la ambición de riquezas, se empeña por moderarla con la consideración de que el hombre ha nacido para mayores destinos que la posesión de bienes caducos y vanos; que el hombre debe trabajar, porque el trabajo es ley providencial, pero haciendo del trabajo una virtud, es decir, un medio que le facilite la consecución de su eterno destino.

Y aunque el recuerdo de las verdades cristianas bastaría para dar solución al gran problema social, León XIII no se contenta con ese recuerdo. Pide también sus luces y enseñanzas á la filosofía para demostrar que la doctrina niveladora del socialismo es impracticable, porque es contraria al orden natural y dañosa para los mismos á quienes se pretende favorecer. La desigualdad de condiciones y de fortunas nace de la desigualdad natural de talentos, aptitudes y fuerzas; y no está en la mano del hombre corregir esa desigualdad, porque no está en su mano igualar la condición de todos. Y sabiamente lo ha dispuesto así la Providencia, pues el día en que se nivelasen las condiciones y fortunas de los hombres, desaparecería la sociedad, que se funda en la reciprocidad de servicios que se prestan unos á otros. Y de aquí deduce el sabio Pontífice que no pueden ser enemigas las clases en que se divide la sociedad, sino que, al contrario, deben estar unidas, no solamente por los lazos de la comunidad de origen, de naturaleza y de destinos, sino también por los vínculos del mutuo interés. El rico necesita del pobre para el cultivo de sus campos, para extraer y beneficiar el oro de

sus minas, para las variadas obras de la industria humana, para la construcción de sus edificios y hasta para la preparación de su alimento: el pobre necesita del rico para obtener los recursos de la vida con la remuneración de su trabajo. El uno y el otro se completan como los diferentes miembros del cuerpo humano.

Además de la práctica de las enseñanzas evangélicas y de las virtudes cristianas, que hace al rico desprendido y caritativo y al pobre resignado y laborioso, recomienda la Santidad de León XIII el uso de ciertos medios humanos que pueden cooperar eficazmente á la curación de la llaga social. En este punto corresponde al Estado una parte muy considerable, ya sea procurando el bienestar general por medio de buenas leyes, ya sea reprimiendo con mano severa los atentados contra la propiedad, ya procurando mejorar la condición de la clase proletaria protegiéndola contra las exacciones injustas y las exigencias inmoderadas de la codicia, ya haciendo obligatoria la ley del descanso dominical, y, por último, procurando con su auxilio que se guarde y fomente la religión y florezcan las buenas costumbres en la vida pública y privada.

Toca también á los particulares una parte no pequeña en la extirpación del mal que aflige á la sociedad actual. Contribuirá á remediarlo todo lo que se enderece á aliviar la penosa condición de los proletarios; y entre los varios medios conducentes á este fin, ocupa, á juicio del Papa, un lugar preferente la fundación de asociaciones de servicios mutuos, los protectorados ó patronatos y otras análogas instituciones. En todo orden de cosas la acción común es mucho más eficaz que la acción individual; y, tratándose del alivio de las necesidades sociales, la experiencia de los siglos ha demostrado que la asociación es la manera más eficaz de remediarlas. Por eso la Iglesia las ha multiplicado en su seno, de tal modo que no hay humana miseria

que no encuentre alivio y remedio en alguna asociación de caridad. Y puesto que su eficacia es tan evidente, no debe el Estado estorbar su formación con leyes restrictivas de la libertad de asociación, no poniéndole otro límite que el que señalan la justicia, la moral y el bien público. Las asociaciones de obreros católicos dirigidas por hombres virtuosos y prudentes podrán llegar á ser, si se multiplican, puertos de salvación, no solamente para el pueblo que trabaja y que sufre, sino también para la sociedad doméstica y pública.

Tal es, amados diocesanos, expuesto en ceñidísimo resumen, el objeto de la encíclica *De conditione opificum,* que por su excelencia y oportunidad ha producido en el mundo tan honda sensación. Es tal vez el documento más acabado y más importante que ha salido de la docta y fecunda pluma del gran Pontífice que ha cautivado al mundo con su sabiduría y prudencia. En ella se contiene la última y decisiva palabra entre la cuestión social que desde hace un siglo divide y apasiona los espíritus, y de cuya resolución depende la suerte de la sociedad. La resolución dada por el Papa, apoyada en el Evangelio, en la filosofía y en los verdaderos principios de la ciencia económica, zanja las dificultades sin dañar ningún derecho y protegiendo con igual eficacia el interés de los ricos y de los pobres. Con lógica vigorosa pulveriza los errores antisociales que seducen á las masas, y los extraviados de buena fe volverán á buen camino convencidos y desengañados. De esta manera el que por su misión en la tierra parece que no debiera preocuparse sino del bien de las almas, vela también con solicitud paternal por la suerte temporal de los pueblos cristianos. Y en esta ocasión, como en tantas otras, el Papa será el salvador de la sociedad.

Con razón ha prestado el mundo una acogida tan favorable y entusiasta á este documento pontificio. Amigos

y enemigos, obispos y gobiernos, diarios y universidades, todo lo que sirve de órgano autorizado á la opinión pública, han expresado en términos encomiásticos la complacencia que les ha producido su lectura, y todos creen que la palabra infalible del Vaticano ha dado golpe mortal al socialismo contemporáneo en el momento en que parecía más seguro su triunfo. Los que no están dominados por el espíritu de secta le rinden homenaje de admiración; los otros guardan un silencio que parece significar la confesión de su impotencia.

Y á fin de que os penetréis, amados diocesanos, de la importancia de la encíclica, creemos conveniente transcribir el juicio que se han formado de ella hombres doctos y altamente colocados, comenzando por el episcopado, sea en las felicitaciones enviadas al Santo Padre, sea al publicar la encíclica.

El Cardenal Foulón, arzobispo de Lyon, dice: «Esta enseñanza, de tan alto alcance, nos viene á la hora en que las cuestiones sociales agitan al mundo entero, al que da, con una autoridad infalible, la verdadera solución, que en vano se esfuerza en buscar fuera del Evangelio.»

El arzobispo de Rennes, Cardenal Place, agrega: «Este documento es para mí uno de los hechos más considerables de nuestro siglo, uno de los actos más fecundos en consecuencias felices que haya emanado, después de mucho tiempo, de la Cátedra Apostólica.

«El temido y complicado problema, considerado en toda su extensión, es estudiado en todas sus fases en luminoso y armónico desarrollo, sin preocupación de escuela, de sistema y de partido. Este documento pontificio es la Carta de la verdadera economía social, y será el código de todo el que tenga la noble ambición de trabajar eficazmente en procurar la paz pública, la dicha de los pueblos, el mejoramiento material y moral de la clase obrera.... Esta en-

cíclica producirá el acuerdo entre los hombres de buena voluntad, agrupará á los enérgicos y encenderá una llama de apostolado que producirá frutos ciertos....»

El obispo de Vannes (Francia) se expresa así: «Sólo Vos en el mundo, Santo Padre, estáis autorizado para servir de árbitro en este grave y universal debate, de que dependen la tranquilidad y la dicha de los pueblos.

«Si este documento magistral, que en nada cede á todos los otros que han señalado el curso de vuestro Pontificado, tan fecundo en palabras y en obras, fuese propagado en todas las clases de la sociedad, tranquilizaría á muchos espíritus inquietos, consolaría á muchos corazones ulcerados y contribuiría poderosamente á reconciliar á los hermanos divididos y á dar á cada uno lo que le es debido.»

Refiriéndose á la encíclica, dice el arzobispo de Burdeos: «La palabra de Vuestra Santidad no ha menester del sufragio popular: ella tiene por sí misma su indiscutible autoridad y su soberano poder: es la luz, la expresión de la eterna verdad y por lo tanto está siempre segura de encontrar en todas partes la sumisión y la adhesión filial del mundo cristiano. Pero esta palabra tiene ahora, por el mérito personal que el mundo admira, una majestad y un brillo que obliga á los hijos á alabarla con los sentimientos de un vivo entusiasmo.

«El pueblo sabrá ahora mejor, que el Papa es su padre y que los límites del Vaticano no pueden detener la caridad paternal que anima á Vuestra Santidad en favor del obrero cristiano en todos los lugares del mundo.»

El obispo de la Rochela dice así: «Habéis dado al mundo una solución clara y precisa á una cuestión de actualidad. Habéis probado victoriosamente, aun á los ojos de los incrédulos, que no os niegan sus elogios, que las doctrinas religiosas son las únicas capaces de moralizar á los pueblos.

«En una época en que las escuelas de mentira é impiedad se han multiplicado hasta el exceso y han sacudido los fundamentos de la conciencia humana, Vos habéis consolidado este edificio tan conmovido. Habéis hecho flamear bien alto en los aires el augusto estandarte del Cristo, como lo habíais ya hecho en vuestras anteriores cartas.

«Las sociedades encontrarán en la encíclica la luz de que necesitan para entrar en el camino del orden, de la paz y de la grandeza.»

El Cardenal Langénieux, arzobispo de Reims, dice: «El universo entero, á estas horas, dirige al trono de Pedro sus acciones de gracia y la respetuosa expresión de su reconocimiento, porque una voz se ha oído que repite á la multitud, con un acento que llama la atención y atrae todos los corazones, la gran palabra del divino Maestro: *misereor super turbam!*

«En adelante la multitud de los obreros no ignorará que la Iglesia, á la vez que tiene palabras de vida eterna, posee también el secreto de asegurar su dicha temporal; que ella tiene una ciencia social cuyo olvido ha causado la ruina y la división que lamentamos y cuya observancia restablecería la prosperidad de los antiguos días.»

No han sido menos explícitos los Gobiernos civiles. En el Parlamento español, en la sesión de 30 de mayo, el Ministro del Interior Don Francisco Silvela, haciéndose intérprete de los sentimientos del Presidente del Consejo de Ministros, declaró, contestando á una interpelación del señor Nocedal, que «en todos los casos de presentación de nuevas leyes, el gobierno español no se separará ni mucho ni poco de los principios sociales y políticos que se contienen en la última encíclica sobre la cuestión obrera. Los principios en que se inspira el Gobierno de Su Majestad, en las cuestiones sociales, son perfectamente conformes á las admirables enseñanzas de la encíclica pontificia». Concluyó su discurso